

1809-1825 INDIOS Y MUJERES

EN LAS LUCHAS INDEPENDENTISTAS

Luis Oporto Ordóñez

El 2009 Bolivia celebra el Bicentenario de la Independencia, que se alcanzó luego de 16 años de cruenta guerra contra España. Un proceso iniciado en el territorio de la Real Audiencia de Charcas, que paradójicamente fue la última colonia en culminar el anhelo de libertad e independencia. En ese proceso combatieron con similar denuedo, ofrendando la vida, hombres, mujeres, incluso niños, de distinto origen social, criollos y mestizos, indígenas, zambos, esclavos, pardos y morenos (negros). La historiografía tradicional ha hecho énfasis en la lucha emprendida por la elite criolla, dejando en segundo plano la participación popular, a pesar que ésta fue determinante en el triunfo de las fuerzas patriotas. Sin su concurso, sencillamente no habría patria.

Los orígenes

Los deseos de Independencia se remontan más allá del emblemático año de 1809. Efectivamente, en 1776 la Corona de España, en poder de los Borbones, impuso un nuevo Sistema Económico Colonial, caracterizado por la imposición del régimen de Intendencias de Provincia y de Ejército, dando fin al viejo Estado Imperial Español diseñado por el Virrey Francisco de Toledo, llamado con justicia El Solón de América, en las colonias de Abya-Yala, denominada genéricamente “América”.

Esta medida reformista provocó un temblor social que estremeció la base misma del Imperio español en América. Rebeliones indígenas incendiaron el horizonte regional en 1780, con la tenaz oposición al nuevo régimen impuesto por la Corona. Tomás Catari, Cacique de Chayanta, pagó con su vida el levantamiento indio, al ser asesinado en la quebrada de Chakatilla por sus captores. En 1782 la rebelión fue aplastada a sangre y fuego y ajusticiados los líderes guerreros aymaras y quechuas Túpac Amaru (José Gabriel Condorcanqui), Túpac Katari (Julián Apaza) y Dámaso Katari. La misma suerte corrieron las bravas mujeres guerrilleras, Bartolina Sisa (La Virreina) y Micaela Bastidas. El corolario de la

sublevación continuó en el altiplano aymara lacustre hasta 1783, cuando los últimos caudillos fueron igualmente destrozados en cuatro partes.

Sólo entonces la Corona Española logró poner en vigencia la Real Ordenanza para el Régimen de Intendencias y Ejército en sus colonias. En el interin, España había sido invadida por el ejército de Napoleón, siendo depuesto el Rey Fernando VII. Otra paradoja de la historia: el desacato surgió en el seno mismo del Imperio, llegando su secuela hasta las colonias, donde aparecieron nuevas voces de rebeldía —esta vez desde la despreciada raza española nacida en las colonias— ante la prohibición de acceder a los niveles de gobierno. Los criollos emergen en la historia escribiendo páginas gloriosas que exigen la declaratoria de Independencia de las antiguas colonias.

El Grito Libertario de La Plata y la Junta Tuitiva de La Paz

La llama surge el 26 de mayo de 1809 en la sede de la Real Audiencia de Charcas, la ciudad de La Plata, deponiendo a su Presidente pero jurando lealtad al Rey, expresado en el magistral silogismo de los rebeldes: “Muera el mal gobierno”. Rebelde por un lado, leal por el otro. En la ciudad de Nuestra Señora de La Paz el movimiento estalló el 16 de julio, conformándose una Junta Tuitiva liderada por Pedro Domingo Murillo y sus conjurados, quienes impusieron un gobierno criollo, deponiendo a las autoridades e implantando por primera vez un régimen independiente de España. Los realistas se esforzaron para destruir el movimiento y ahorcaron en la plaza pública a los líderes insurrectos, emplazando sus cabezas en picas a la salida de las ciudades, como escarmiento para otros alzados. Pero la sed de libertad e independencia no cesó y empezó a abrazar, una a una, a las demás posesiones americanas de la Corona: el Virreinato del Río de la Plata (1810), el Virreinato de Nueva España (1810), el Virreinato de Nueva Granada (1810) y el Virreinato del Perú (1812).

Reacción de la Corona Española

El Imperio Español envió su Ejército continental de 17.000 plazas para hacer frente a la guerra de independencia. Ese ejército, que llegó a tierras americanas con la gloria de haber derrotado a los invasores franceses, estaba comandado por mariscales de alcurnia y abolengo, imbuidos algunos de ellos del ideal liberal, hecho novedoso en América. Desde el norte, territorio de la Gran Colombia, bajó un ejército patriota, al mando de generales venezolanos, Simón Bolívar y su lugarteniente, José Antonio de Sucre, quien brillaría con luz propia en la batalla de Ayacucho, donde le fue conferido el Mariscalato. Este joven militar, liberal, tuvo a su conciencia otorgar la autoridad para formar gobierno en Charcas, al que los criollos nominaron de forma oportunista como “República de Bolívar”, que derivaría poco después en Bolivia. Consumada la independencia el 6 de agosto de 1825, Sucre fue el primer presidente de la patria, en su condición de delegado del Libertador Simón Bolívar. Desde el Sur subió raudo otro ejército no menos valiente y temerario que el colombiano, al mando del general José de San Martín, acompañado de generales criollos como Bernardo O’Higgins, cuyas luchas dieron lugar a la independencia de Chile y el Perú.

Las guerrillas y las Republicuetas

Aquellos ejércitos españoles fueron combatidos en el Alto Perú por ejércitos criollos, a los que sus enemigos veían como una simple “turba”, sin preparación ni pertrechos. Los denominaron despectivamente como “Las Montoneras”, pero a la postre tuvieron que rendir las armas y los estandartes del Rey ante sus aguerridos comandantes. Los jefes montoneros eran latifundistas que abrazaron la causa de la Independencia y dispusieron para ese noble propósito los recursos de sus haciendas y las almas que las habitaban, logrando controlar inmensos territorios a los que dieron incipiente organización militar y administrativa. Así se erigieron, a lo largo y ancho del territorio de la Real Audiencia de Charcas, las célebres Republicuetas autónomas. El método de lucha era la guerrilla, que permitió asestar duros golpes a las veteranas tropas imperiales.

En La Paz, el cura Ildefonso de las Muñecas instaló su cuartel general en Larecaja, desde donde combatió a los españoles enviados del Cusco, Arequipa y Lima. Allí combatieron también los hermanos Gregorio, Victorio y Martín García Lanza. En Cinti, desde su Republicueta, el patriota Vicente Camargo amenazaba Cotagaita, puerta de ingreso a Potosí, celosamente resguardada por tropas españolas. En Chuquisaca se formó un ejército al mando de Manuel Ascencio Padilla, que se hizo fuerte en Tomina y La Laguna, desde donde garantizaba la ruta expedita

para los ejércitos argentinos. En Chayanta dominaban Betanzos e Ignacio de Zárate. En Tarija, Eustaquio “Moto” Méndez, Camargo, Medinaceli, Francisco y Manuel de Uriondo, colaborados por el legendario general Martín Güemes desde Salta. En Cochabamba se levantó la fortaleza de Ayopaya con un ejército de cochabambinos dirigido por José Miguel Lanza. José Antonio Álvarez de Arenales armó su cuartel general en Mizque y Vallegrande, controlando los caminos que unían a Cochabamba, Santa Cruz y Chuquisaca. Ignacio Warnes García combatió bajo el ejército argentino en Tucumán y Salta, siendo designado por Belgrano Intendente de Santa Cruz de la Sierra; luego de su derrota en la batalla de La Florida se unió a las tropas de José Antonio Álvarez de Arenales, muriendo en la batalla de Pari. ¡Cuánta sangre joven ofrendaron esos patriotas! Apoyados por la inmensa masa formada por indios quechuas y aymaras, escribieron las páginas más gloriosas de esa gesta.

Participación indígena

Tanto los ejércitos patriotas como los españoles, contaron con el apoyo de tropas indígenas, casi siempre como “carne de cañón”. Leales hasta la muerte, mostraron su valor y determinación por la causa que abrazaron. El Cacique quechua de Chinchero, Mateo García Pumacawa, y Manuel Choquehuanca, fieles a España, asolaron a sangre y fuego las poblaciones aymaras, apoyando a las tropas del Gobernador Manuel Quimper y Goyeneche, con 20.000 plazas reclutadas en Arequipa, Lampa, Azángaro, Tacna, Cusco, Pucara, Guancané, que ingresaron por el Desaguadero para liberar a La Paz del cerco indígena de 1811.

Los ejércitos patriotas comandados por criollos estaban conformados mayoritariamente por mestizos e indígenas, incluso esclavos pardos y morenos. En el cerco de La Paz participaron entre 15.000 y 19.000 indios aymaras y quechuas, que combatieron al mando de comandantes criollos y mestizos. Las tropas indias estaban situadas en Pampahasi, pero se extendían por Pequepunco, Palca, Cohoni, Potopoto, Coroico y Songo. Estaban comandadas por Juan Manuel de Cázeres y los caciques Titicocha, Santos Limachi, Vicente Choque, Pascual Quispe, entre otros. A esas tropas se sumó, posteriormente, el ejército de cochabambinos al mando de Esteban Arze, que presionó sobre Oruro con el concurso de indios que fueron calificados por los españoles como “muchedumbre de caballería” y “agolpamiento de naturales”. Venían de los confines de Tapacarí, Sacaca y Chayanta, e incluían 5.000 indígenas de Arque que se les habían sumado.

En las Republicuetas la composición de las tropas era similar. A Juana Azurduy de Padilla le acompañaron siempre sus fieles indios. Entre estos destacó el más fiel

que pudo tener, el poeta quechua Juan Huallparrimachi, que pereció defendiendo a su comandante. En las tierras bajas citamos como ejemplos notables a los indios Canichanas de la Misión de San Pedro, los Caciques Juan Maraza, Pedro Ignacio Muiba y su lugarteniente José Bopi.

La epopeya de El Villar: la coronela Juana Azurduy de Padilla

Las mujeres protagonizaron los actos de mayor valentía. En la Coronilla de Cochabamba las madres, esposas e hijas de los patriotas presentaron batalla al enemigo, azorado pero igualmente cruel ante la arremetida femenina. La historia del 27 de mayo de 1812 fue escrita con la sangre de esas valientes mujeres. En el sur, otra mujer libró las memorables batallas de febrero y marzo de 1816, oportunidad en la que las tropas de criollos e indios derrotaron a lo más granado del ejército español enviado contra Padilla y su esposa Juana Azurduy.

El Virrey Joaquín de la Pezuela envió 800 plazas para reforzar las fuerzas del general J. S. de la Hera, a las que se sumaron las del Mariscal de Campo Miguel Tacón, del coronel Francisco de Aguilera, de Vicente Sardina, de Felipe Rivero, las piezas de artillería del comandante Espartero y las 500 plazas del Escuadrón de Notables del coronel Manuel A. Tardío. En la tropa del comandante Cueto, 40 eran fusileros y 30 lanceros; el resto eran indios de la región apoyados por el comandante cochabambino José Serna con 40 fusileros y 2.000 indios. Esa era la gloriosa composición del Ejército español.

El general de la Hera soñaba con un triunfo sobre las Montoneras y Gavillas de Padilla y Azurduy, tropa patriota formada por 200 fusileros y 4.000 indígenas armados de hondas y *makanas*. La heroína Juana Azurduy tenía bajo su directo mando 30 fusileros criollos, 200 indios y una guardia de amazonas. El 12 de marzo de 1816 las tropas patriotas derrotaron a las del coronel P. Herrera, quien estandarte en mano rechazaba los ataques con “raro valor, pero agotadas las descargas, siendo vana la resistencia a la bayoneta, terminó aquella sangrienta acción por la más implacable carnicería”. El ejército de veteranos que había entrado triunfante en La Paz, Puno, Cochabamba, Arequipa y el Cusco; que se había llenado de laureles en Villcapujio, Ayoma y Sipesipe; sucumbió ese glorioso día. En el fragor del combate, Juana Azurduy de Padilla arrebató la insignia al comandante Herrera. Ante esa hazaña, el general Manuel Belgrano recomendó se le otorgase el grado de Coronela de los Ejércitos, que se oficializó por Decreto de Juan Manuel de Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias del Río de la Plata, el 13 de agosto de 1816.



El Bicentenario, hoy

Bolivia celebra el primer Bicentenario de su Independencia en un contexto político, administrativo y cultural muy diferente a cualquier otro año. Como resultado de un largo proceso, se ha gestado el Estado Plurinacional que integra a todos sus habitantes, lo que en los hechos ha reconocido por primera vez a los pueblos indígena-originario-campesinos como actores sociales con capacidades legales para formar parte de este Estado.

El Bicentenario debe entenderse como un proceso que se inicia en 1809 y se prolonga hasta 1825, cuando se constituye formalmente la República de Bolivia. Debe entenderse también como un proceso que ha generado una relación dispar y compleja entre aquellos habitantes originalmente dueños del territorio, con los nuevos rectores del destino nacional, que en 1825 fueron los hijos de los antiguos españoles. Debe entenderse también como un proceso que tiene sus raíces en un pasado inmediato signado por la rebelión indígena, en el lapso temporal de 1780 a 1783.

El Bicentenario recoge la gesta de los aguerridos guerrilleros que formaron las Republicuetas, bastiones inexpugnables que detuvieron el avance colonial. Junto a estos patriotas, están los héroes indígenas cuya participación fue determinante en el desarrollo exitoso de la guerra por la independencia de Charcas y América. Si bien la historiografía tradicional invisibilizó sus nombres, sus hazañas no obstante fueron registradas en los anales de la Historia de forma indeleble. Lo mismo sucedió con los guerrilleros, de los cuales únicamente José Miguel Lanza logró ingresar a la administración del nuevo Estado. Ni la heroína Juana Azurduy de Padilla, coronela de los ejércitos patriotas, fue llamada a aportar con su concurso al desarrollo de la naciente patria, a pesar de haber perdido en esa guerra a su esposo y sus amados hijos.

El Bicentenario significa el reconocimiento de la unidad en la pluralidad, del legítimo derecho de todos los habitantes a formar gobierno, desarrollar la democracia y construir el destino económico, social y cultural de Bolivia. El desafío de la historiografía contemporánea es exhumar los nombres de aquellos próceres y desenterrar su protagonismo, para entregarlo como un legado inexcusable a las presentes y nuevas generaciones. ■

Luis Oporto Ordoñez. Boliviano, historiador por la Universidad Mayor de San Andrés-UMSA, La Paz. Archivista diplomado del VII Curso de Administración de Archivos en la Escuela Nacional de Documentalistas de Madrid, España. Es director de la Biblioteca y Archivo Histórico del Honorable Congreso Nacional de Bolivia, docente de la UMSA y presidente del Centro de Estudios para la América Andina y Amazónica.